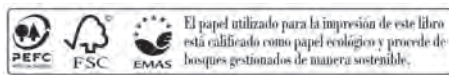


# Epicentro

Nerea Loiola Pikaza



EPICENTRO



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.*

*La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura y Deporte de España.*



*1ª edición: Septiembre de 2022*

Título original:

*Epizentrea*

Maquetación:

Erein

Ilustración de cubierta:

Maddi Zumalabe y Jon Aranguren, Asteazkenak

© De la traducción: Irati Iturriza Errea

© Nerea Loiola Pikaza

© EREIN. Donostia 2022

ISBN: 978-84-9109-810-2

D.L.: D 1018-2022

EREIN Argitaletxea  
Tolosa Etorbidea 107  
20018 Donostia  
T 943 218 300

e-mail: [erein@erein.eus](mailto:erein@erein.eus)

[www.erein.eus](http://www.erein.eus)



Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008

e-mail: [itxaropena@itxaropena.net](mailto:itxaropena@itxaropena.net)

[www.itxaropena.net](http://www.itxaropena.net)

Nerea Loiola Pikaza

# EPICENTRO

Traducción de Irati Iturritza Errea





*A los pequeños provocadores de terremotos de Izioki-enea;  
y a los no tan pequeños.*

*A todos los lectores del original en euskara  
que han hecho posible este libro.*



«Durante siglos, las mujeres sintieron su fuerza activa, sus impulsos creadores, como una especie de posesión demoníaca. Pero los hombres también identificaron y castigaron semejantes impulsos como si fueran demoníacos».

Adrienne RICH, *Nacemos de mujer*  
(Traducción de Ana Becciu)

«Dijo la mosca en la rueda del carro:  
¡Qué polvareda vamos levantando!».

Carson McCULLERS, *La balada del café triste*  
(Traducción de María Campuzano)





Lugares que conozco:

manos

fuego

vértigo

y el miedo

a no alcanzar

ningún otro lugar.

Irati ITURRITZA ERREA, *Brazos cortos*



## ‘CUISINE ET SANTÉ’

### I

**A** pesar de no haber cruzado palabra en todo el trayecto, el taxista se dirige a ella en español para decirle cuánto es. Saioa prepara el dinero mientras el hombre detiene el vaivén del ambientador en forma de pino. Paga, cierra la puerta del taxi y se suelta la melena a la vez que observa el lugar en el que residirá durante las próximas semanas. *Cuisine et Santé*. ¿Una casa macrobiótica?, refunfuñó cuando Ainara se lo propuso. Allí podrás comer sano, descansar y conectar contigo misma. Le dijo que no pensaba ir, pero ahí está, frente a un edificio en forma de U, tratando de desenredar con los dedos un nudo de su pelo rojizo.

El edificio lo forman tres bloques agrupados torpemente. Cada parte tiene un alero distinto, difieren en la carpintería de las ventanas y en la disposición de los vanos; los colores y el ritmo siguen su propia lógica, generando una total falta de armonía, y, tal vez, mostrando también posibles diálogos. Hay dos columpios en el jardín que guardan los bloques en su zona central; una niña se columpia con desgana. Saioa distingue a una docena de

personas desperdigadas en mesas y sillas de plástico que un día debieron de ser de color blanco. Algunas leen, y otras conversan; rezuman tranquilidad.

Tiene la tentación de acercarse, da incluso un par de pasos en esa dirección al tiempo que deja caer al suelo los pelos que se le han enredado entre los dedos. Sin el arrojo suficiente, se dirige hacia una puerta blanca, siguiendo el cartel envejecido que señala *Réception*.

La puerta, sin embargo, no lleva a ninguna recepción sino a un gran comedor. No hay nadie.

*Est-ce votre première fois?*

La voz, que llega acompañada de una mano que se posa sobre su hombro, le da un susto de muerte. Es un anciano. Saioa se aparta el flequillo y se toma unos segundos para recomponerse antes de rescatar su francés oxidado. Maxime, así se ha presentado, la lleva hasta la recepción, no sin antes hacerle un par de preguntas que a Saioa le parecen excesivamente personales.

Recepción, por llamarlo de alguna manera. No lleva allí ni diez minutos, y no logra entender cómo puede Ainara estar tan a gusto en un lugar así, con lo rigurosa que es ella. La recepción consiste en una habitación pequeña que bien podría ser un almacén o un trastero. Hay sacos de arroz integral, una gran báscula, hileras de tarros de fruta en conserva, paredes llenas de fotografías y libros por doquier; y, en una esquina, un viejo escritorio de madera, a rebosar de cuadernos, más libros y hojas sueltas. Intuye que tal vez no conozca a Ainara tan bien como pensaba, que ella, Saioa, ha sido la principal protagonista en la *performance* de su amistad; se pregunta si no es cierto que sus alegrías son siempre el motivo de celebración, y que sus penas las golpean a las dos por igual. Saioa no es consciente de haber tomado tal actitud; es como si siempre hubiese sido así, como si alguien ya hubiera decidido en su lugar.

Optó por una habitación sin baño al hacer la reserva; se fija con más detenimiento en los gastos desde que dejó el trabajo para empezar una nueva etapa. Pero, cuando el encargado de la casa macrobiótica le enseña el baño compartido del pasillo —y cuando acerca la nariz—, se arrepiente de su decisión. En su rostro se mezclan un profundo abatimiento y una sonrisa. En ese momento no se atreve a pedir que le cambien de habitación; espera hasta que vuelven a la cocina y, entonces, se lo dice como si le estuviera pidiendo un favor, entornando ligeramente los ojos.

*Je voudrais une chambre avec salle de bains.*

El hombre responde con un *C'est bien* corto y sonriente y se dispone a pasar hacia adelante y hacia atrás las hojas de un abultado cuaderno.

¿No lo tienen informatizado?, está a punto de preguntarle.

*À voir*, le dice el hombre, mientras repasa con el dedo índice lo escrito en una hoja, *désolé mais pas possible*.

*D'accord, c'est bien*. Saioa opta por la indignación; una emoción muy fácil de sentir, el refugio perfecto para quien no quiere trabajar en exceso.

## II

La campana indica que es la hora de la cena. Deja el libro sobre la cama y se despereza junto a la ventana. La gente se aproxima al comedor como lo hacen los feligreses que acuden a misa obedeciendo al tañido de las campanas: todos en absoluta serenidad, tan compuestos y sumisos, miembros sensatos de la sociedad, condicionados a mezclarse entre sí en esta tarde de viernes en que los problemas de cada cual permanecerán ocultos.

¡La alimentación os hará libres!

Clava la mirada en uno de los columpios, que se balancea sin dueño en un manso vaivén. Su tío Alberto le hizo uno con un neumático viejo. Lo colgaron de una rama del enorme nogal.

¡Hasta el cielo, tío, hasta el cielo!

¡El cielo es de los pájaros, Cuquita! Los pies siempre en la tierra, ¿me oyes?

¡Pues los míos vuelan!

Entre que tus pies vuelan, y tu lengua no para quieta... menuda bicha estás tú hecha... ¡Venga, hasta el cielo!

Su tío Alberto tuvo que huir cuando Saioa tenía doce años. ¿Qué pasa con las heridas que no sanan, y que sabes que nunca lo harán? Que se convierten en compañeras de piso o, en el mejor de los casos, en mascotas. Sentía tanta rabia que destrozó el columpio.

Las 19:30. Parece ser que quien quiera cenar debe hacerlo a esa hora. Es demasiado pronto, pero irá de todos modos. Cuando cena, lo hace sobre las once, mientras ve el último capítulo de *CSI Miami* y antes de que pongan *True Detective*. Ainara fue a verla sin avisar una de esas noches. Se escandalizó con el aspecto desaliñado de Saioa, con la casa, todavía más descuidada que ella, y con el bote de fideos japoneses precocinados que tenía entre las manos. Como respuesta a la retahíla de Ainara, Saioa lanzó un Tampoco es para tanto desde el sofá. Siguió en sus trece hasta que escuchó la respuesta de Ainara: En la basura hay otros cuatro botes de espaguetis, sí es para tanto. Eso la sacó de sus casillas. ¿Has estado hurgando en mi basura? ¡Vete de aquí! Y eso fue lo que hizo Ainara. Pero volvió al día siguiente con tres *tuppers* repletos de comida, y con el folleto de la casa macrobiótica.

Imita a los otros huéspedes y va a por su cena al *self-service*: una sopa del color del vino tinto, arroz integral tipo cemento y verduras que ella daba por extinguidas en la superficie terrestre. Se queda en una esquina con los platos en la mano, tratando de adivinar cómo se sientan los demás. Le da la sensación de que cada uno elige indistintamente su sitio en alguna de las largas mesas. No tiene ganas de mantener una conversación forzada, y se arrepiente de haber bajado a cenar, porque ya es demasiado tarde para librarse. De pronto ve a Maxime, el hombre de la mañana, y busca su mirada; él pasa a su lado cabizbajo y se sienta en un rincón, sin comida y con un libro entre las manos. El cuenco de la sopa le quema las yemas de los dedos. Escucha a un hombre y a dos niños hablar en euskera; divorciado, se dice. Decide sentarse con ellos.

Cuando la madre de los niños se sienta a la mesa, Saioa se atraganta con la sopa: es alta, corpulenta, de unos ojos grises que miran lento y pelo rizado; se parece muchísimo a Inés. Pero en cuanto la mujer empieza a hablar, el fantasma de su expareja desaparece de la sala. La voz de Alicia es aguda, extrañamente tosca para su esbelto cuerpo, y habla demasiado rápido, en ocasiones repitiendo la última palabra de cada frase.

Por decir algo, Saioa comenta que la sopa está demasiado salada, y el padre de los niños le explica que lo hacen a propósito, para ayudar a equilibrar la energía corporal; que la gente está muy *yin*, y que la sal lo *yangiza* a uno. Saioa finge interés. En cualquier caso, termina por ser una conversación agradable, en especial con Alicia, con la que habla sobre *True Detective*.

La pareja se levanta un momento de la mesa, porque el hijo menor se ha caído jugando y el otro tiene ganas de mear. Saioa rebusca en sus bolsillos, se ha dejado el móvil en la habitación. Hace una panorámica rápida del comedor, y se fija en el viejo Maxime. Continúa leyendo en el rincón que queda entre la



puerta y la chimenea. No sabría decir si el hombre tiene setenta y pico u ochenta y pico años. Su cuerpo es largo y enjuto, sus manos y pies son grandes; la delgadez amplifica el tamaño de sus extremidades. Como la mayoría a su alrededor, viste ropa un tanto ajada. Sin embargo, diría que en el caso de Maxime no se trata de algo circunstancial; le cuesta imaginárselo sin esa pinta de mendigo, sabe perfectamente que no se acercaría a él si lo viera por la calle. Una mosca se le posa en la cabeza. ¿Tendrá los pelos del pene también tan blancos? A lo mejor no tiene pelo ahí. De repente, Maxime levanta la cabeza y mira hacia Saioa, como si notara que lo estaba observando; rápidamente, ella aparta la mirada.

### III

Después de cenar, ha asistido a una charla bastante confusa sobre el *yin* y el *yang*; no porque el tema le interese en absoluto, sino porque para las nueve ya había terminado de cenar y no tenía mucho más que hacer. Más tarde se ha puesto a leer *Anna Karenina* en su habitación. Ainara le aconsejó llevarse un libro, y, ante la duda, optó por un clásico. No encuentra una posición cómoda para dormir; las palabras de Tolstoi le pellizcan. ¡Ya tenía suficiente orquesta consigo misma! Amantes y amados. Las Inés y las Saioa. Casi todo el mundo quiere ser amante, preferimos amar a ser amados. Para muchos, resulta insoportable adoptar el papel del amado, tener que aferrarse a lo más alto de la lista de deseos del amante; aun sabiendo que más pronto que tarde serán desbancados por un producto más atractivo. A menudo piensa que ella no fue más que un mero estímulo para el amor que Inés había acumulado a lo largo de los años.

Con cada movimiento, su respiración se tensa un poco más. El largo de la almohada supera por poco la mitad del ancho de la cama, y es muy delgada. Le da unos golpes, le vienen a la mente esos sacos de semillas que se calientan en el microondas. Hay algo en el fondo de su mente que le estrangula la calma. Si no quiere tener una crisis, solo le queda una opción: masturbarse.

Con las primeras caricias, se imagina la lengua de Inés jugando con su clítoris. Cuando estaban juntas y se masturbaba, Saioa se imaginaba follando con otras mujeres; pero desde que lo suyo se acabó, acude a Inés cada vez más a menudo. Sabe que se trata de un juego peligroso, porque al orgasmo casi siempre le sigue el llanto. La tormenta tras la calma. La última vez, decide entonces, pero más pronto que tarde surge otra última vez. Se le acelera el corazón. Quiere los dedos dentro. De pronto, pierde de vista la imagen de Inés y aparece Alicia. Con mirada cómplice, le mete los dedos con firmeza en el coño caliente y mojado. La imagen le pilla por sorpresa, e incluso se detiene por un momento. Pero está cachonda. Le falta poco. Y qué hostias. Con la lengua, con una dulzura impetuosa, Alicia se adueña de su clítoris y deja los dedos dentro mientras se corre, tal y como a ella le gusta.

Mientras va al baño del pasillo a limpiarse el coño y la mano, le pone un ocho de nota al orgasmo. A la vuelta, la habitación respira distinto; encuentra su lugar entre las semillas de la almohada, y se duerme pensando que se ha vengado un poquito de Inés.

## IV

Aquí no tenemos café; ahí tienes crema de arroz, y allí *miso* y *shoyu*... Por si quieres echarle algo, le dice la responsable de la cocina con sequedad.

No sabe si es una mujer arisca de por sí, o si se ha puesto así porque le ha preguntado por el café. Se pone nerviosa, y le da las gracias con una sonrisa estúpida. Siente asco cuando se sirve la crema de arroz, que es una papilla pegajosa, y se la lleva a una mesa vacía sin echarle *miso* ni *shoyu*, por si acaso. No está mala. Ni buena.

Está pensando en los ingredientes que podrían mejorar la crema de arroz, cuando llega Alicia con su hijo menor en brazos.

Buenos días. Saioa se aparta el flequillo de la frente.

¿Es tu primera vez?, le pregunta Alicia mientras señala el desayuno, en tono burlón.

Saioa se siente culpable, cómo se le ocurre lesbianizar en sueños a mujeres heterosexuales con pareja. Alicia, charlatana, se sienta con ella a la mesa, y Saioa no logra seguir la conversación, porque no puede apartar la mirada de las manos de ella. Son largas y delicadas, como enredaderas. Se da cuenta de que está buscando detalles, puede que para darle mayor credibilidad a su imaginario erótico. Y también se da cuenta de que tal vez no se sienta tan culpable.

Alicia se queda mirándola, como si esperara una respuesta. Ni siquiera sabe qué le ha preguntado. Cree que es algo sobre la montaña, y le responde con un Sí, sí general; pero su interlocutora hace un gesto un poco raro y, avergonzada, vuelve a apartarse el flequillo. Se hace el silencio, uno de esos incómodos. Saioa se alegra al oír el llanto del hijo de Alicia. Es el momento de escapar; coge el libro y se sienta en un banco del jardín.

Alguien se coloca a su lado. Gira la cabeza pensando que se trata de Alicia, y le sorprende ver a Maxime en su lugar. El anciano no aparta la mirada de su libro, ni siquiera tras percibir el movimiento de Saioa. Su actitud le despierta la curiosidad, quiere saber qué lee; pero, por la manera en la que agarra el libro, es

imposible saberlo. Vuelve a posar la mirada en *Anna Karenina*, pero no lee; vigila a Maxime por el rabillo del ojo, a la espera de que haga algún movimiento. Pasa un par de páginas para que el anciano no sospeche, y entonces logra su objetivo: *Homo Deus*. Lo conoce, lo tiene en la estantería de su casa. Lo dejó nada más empezar; el futuro no le deja respirar, suficiente tiene con decidir qué va a comer cada día. Tal vez por eso empiece a sentirse cómoda allí, porque son otros quienes deciden qué es lo que se come. Al instante, Alicia sale del comedor, y Saioa la espía desde el escondite que le ofrece su libro. Aunque lleve al niño en brazos, se mueve con gran ligereza, con la elegancia de un junco.

Todavía no se ha dado cuenta de que te gusta.

Cierra el libro de golpe y da un pequeño salto en el asiento. Se levanta sin dirigirle la palabra al anciano, que no ha movido la mirada un solo milímetro, se suelta la coleta y se retira a su habitación.

## V

Maxime está agachado frente a una florecilla violeta. Saioa ve cómo mueve la boca, pero no está lo suficientemente cerca como para poder oír qué es lo que dice. No han vuelto a cruzar palabra desde que el viejo se pasó de la raya. Lleva unos días espíandolo, quiere devolvérsela. Aunque está empezando a desanimarse. No es más que un anciano. Ha estado observándolo mientras desayuna, come y cena, en las raras ocasiones en las que lo hace; lo ha visto hablar con la gente, jugar al ajedrez con los niños y lavar los platos. Por lo general, parece que esté en su sano juicio. Sin embargo, a veces hace cosas extrañas: el otro día se lo encontró escondido tras una de las columnas del pasillo, de cara a la pared

y los brazos pegados al cuerpo, diciendo Aquí no podrán encontrarme.

El hombre se despide de la flor diciéndole adiós con la mano, y se sienta en un banco para empezar a leer. Saioa lo mira con atención, ya sin ningún disimulo. Cuando el anciano abre el libro, a Saioa se le escapa un pequeño ¡Sí! Se levanta, y se sienta a su lado. Tratando de imitar lo que hizo Maxime la vez anterior, abre su libro y cuenta veinte respiraciones profundas antes de romper el silencio.

Estás fingiendo, cada vez lo abres por una página diferente.

Se imagina un marcador gigante que reza Viejo 1 – Saioa 1 y, sin levantar la mirada del libro, se permite desplegar una pequeña sonrisa. Pasan dos, tres minutos. Maxime no hace nada, no dice nada. Continúa como si Saioa no estuviera a su lado, leyendo. Empieza a preguntarse si la habrá oído, tal vez debería repetirlo. Maldito viejo. El humor se le va desinflando como un globo agujereado.

Si quieres matar a alguien utiliza veneno, es la única manera de no acabar entre rejas, dice Maxime de pronto.

No quiero matar a nadie.

Se arrepiente de haber respondido incluso antes de terminar la frase. Porque lo ha hecho en tono preocupado. Nervioso. Acuososo. No gana quien lo da todo, sino quien hace el cálculo correcto. Quiere irse, alejarse de ahí, pero el viejo sigue hablando.

El polonio 210 es, sin lugar a duda, el más mortal entre todos los que he probado. Basta con la milésima parte de un gramo para acabar con un hombre...

Saioa mira su libro sin verlo, con ojos ciegos.

Un gramo de polonio es tan mortal como la bomba de Hiroshima; pero olvídate, por desgracia, es totalmente imposible de conseguir.

Quiere decirle que se calle. No. Quiero. Matar. A. Nadie. No logra emitir palabra. No quiere estar ahí; y, sin embargo, no se mueve. Se le escapa una carcajada cuando se imagina la imagen que deben de estar dando, en ese banco, hablando sobre veneno y muerte. ¡Qué cosa más absurda!

También está la opción del ácido prúsico, que puedes disolver en café o en té. Lo que pasa es que el efecto es inmediato; casi no me dio tiempo a irme de allí.

Maxime sigue con la atención fija en el libro, leyendo, o fingiendo leer.

Saioa se marcha al comedor, se queda de pie, de espaldas al exterior y, tras dejar las cosas sobre la mesa, vuelve a hacerse la coleta. Con una taza rebosante de té *kukicha* se guarece en el rincón que queda entre la puerta y la chimenea.

Cuando lee por tercera vez el mismo párrafo de *Anna Karenina*, se decide a cerrar el libro y sacar el móvil. Nerviosa y avergonzada, mira a su alrededor para asegurarse de que no haya testigos antes de realizar la búsqueda. Todas las páginas web que encuentra dicen que esos venenos han sido utilizados por los servicios secretos de Estados Unidos y Rusia. Un artículo llama su atención: «Arma de mujer: veneno, el asesino silencioso». Tirando de ese hilo se encuentra con una lista interminable de mujeres que fueron asesinas en serie durante los siglos XIX y XX: Anne Monoham, dos maridos y un sobrino, arsénico; Anjette Lyles, dos maridos, una suegra y una hija, arsénico; Belle Gunnes, cuarenta y nueve víctimas, entre ellas varios maridos, hijos y conocidos, estricnina; Ellen Etheridge, cuatro hijastros, arsénico; Lyda Catherine Ambrose, cinco maridos, arsénico; Mary Cowan, dos maridos, tres hijos y un hijastro, arsénico; Nancy Doss, cinco maridos, dos hijos, tres nietos y su madre, arsénico... Maxime no le ha mencionado el arsénico; demasiado femenino, quizás, para los servicios secretos.

Con paso tranquilo y las manos en los bolsillos, se acerca al ventanal en busca del viejo. No se ha movido de su sitio. El temor que le produce esa posibilidad va mucho más allá del miedo, y se convierte en una especie de apacible lucidez. De pronto, Maxime la mira con atención, y Saioa vuelve a sentir un escalofrío recorriendo su cuerpo de arriba abajo.

## VI

Sobre las tres de la madrugada, se despierta entre sudores fríos. Llorando. Es un lloriqueo, que pasa de puntillas al lado del llanto verdadero; un sollozo discreto, tal vez. Se sienta en la cama y se fija en sus manos. Están temblando. Unos segundos antes, sangraban. En sueños, acaba de matar a la cocinera de la casa con el cuchillo más grande de la cocina. Por la espalda, de imprevisto, con frialdad. Pero, cuando el cuerpo se ha desplomado, no ha visto a la cocinera, sino a sí misma; y se ha dado cuenta de que sabía que iba a matarse nada más coger el cuchillo.

## VII

Ha empezado a andar todas las mañanas después de desayunar. Va al pueblo y vuelve; en total son unos cinco kilómetros. Va a paso ligero, sin necesidad de un abrigo ni siquiera en los amaneceres más frescos. Hoy, sin embargo, el viento es más frío que de costumbre, el rocío impregna los pastos y caminos, y Saioa está helada. Se detiene un momento, se frota los brazos y mira hacia atrás; el pueblo está más cerca, y sigue adelante por el sendero.

Pensando en que si acelera el paso entrará en calor, termina subiéndola la cuesta entre jadeos.

Ya lleva unos días ahí, y tal y como Ainara le anunció, empieza a conectar consigo misma; el problema es que no le gusta en absoluto la mujer con la que se ha topado en el otro extremo de la conexión. Es un colgajo patético y deslucido. Es como si toda una década de resentimiento y dolor estuviera intentando encontrar, por primera vez, una válvula de escape; quiere decirse todo aquello que nunca se ha dicho, pero lo que tiene que decir es terrible, y le da miedo. Maldice a Ainara, a Inés y a la casa macrobiótica; cuanto más se acerca al pueblo más claro tiene que va a vengarse de todas ellas tomándose un café. Y un *croissant*.

¡Saioa!, escucha justo antes de entrar a la cafetería. Alicia, la chica que le provoca los orgasmos que se han convertido en un ritual para dormir, agita la mano sonriente, desde una de las mesas de la terraza. Saioa le responde con una sonrisa algo ortopédica, y afloja los puños, todavía apretados. Tiene ganas de estar sola, sola y mecida por la calidez de la cafetería.

¿Así que tú también vienes a tomar café?, le pregunta Alicia tan pronto como el camarero deja la taza humeante sobre su mesa. ¡Pensaba que era la única persona normal en esa casa!, y, tras una sonora carcajada, posa la mano sobre el hombro de Saioa.

Esa Alicia libre de inhibiciones le parece guapísima, y Saioa le dedica una sonrisa, una de esas que reserva para la gente con la que quiere ser amable. Alicia confiesa haberle dicho a su marido que iba a comprar fruta para los niños. Si no, seguro que se me cabrea, añade guiñándole el ojo. Una estancia libre de café, ¿a quién se le ocurre?! Antes de que Saioa tome el primer sorbo, le cuenta que, por cierto, no le gusta nada *esa odiosa* casa macrobiótica; que van únicamente por su marido. Y que ya ha notado que a ella tampoco le apasiona. ¿Verdad? Le dice que así es, pero no



es cierto. Aceptar esa realidad le genera angustia. Le queda poco tiempo ahí; y después, ¿qué? Lleva días con esa sensación, la sensación de estar moviéndose dentro de una membrana protectora, flotando como el mercurio. Vuelve a verse a sí misma entre *CSI Miami* y fideos japoneses, y la asedian la repulsión y el vértigo. Está a punto de decirle todo eso a Alicia, pero esta sigue con su discurso contra la macrobiótica. No quiere estropear el ambiente, no quiere su compasión; de lo contrario, adiós a la viñeta erótica.

¿Haces deporte?

Ehh... bueno, solía salir a correr, le responde Saioa, sin aclarar que desde ese *solía* han pasado al menos dos años.

¡Qué bien! Yo salgo a correr casi todas las noches, ¿qué te parece si mañana lo hacemos juntas?

Le dice que no tratando de quitarse ese *hacerlo juntas* de la cabeza; que hace tiempo que no *lo hace* y ni siquiera se ha traído zapatillas de deporte. Pero Alicia sigue insistiendo: Yo me he traído dos pares, y coloca su pie junto al de Saioa para comprobar que tienen el mismo número. Me lo pensaré, responde Saioa, y entonces sí, Alicia se levanta para ir a por la fruta que ha utilizado como pretexto. A la vuelta, pega un *post-it* sobre la mesa, y desaparece tras murmurar algo que Saioa no llega a entender.

Intenta analizar la situación de forma objetiva, porque en todos los escenarios subjetivos que se le ocurren Alicia termina en su cama. Se repite a sí misma, una y otra vez, los mantras de la imposibilidad: es madre de dos niños. No es bollera. Está casada. Es madre de dos niños... Guarda el número del *post-it* en la agenda de su móvil y se dirige de vuelta a la casa, incapaz de controlar el torbellino que surge en su estómago.

## VIII

Durante la comida, su mirada se ha cruzado tres o cuatro veces con la de Alicia. Llevada por la emoción, le ha escrito un mensaje: uno de esos que, sin decir nada, sirven para encarnarla a una en los pensamientos de la otra. Antes de la siesta, ya tenía respuesta. ¡Saioa! He estado muy a gusto. Hay que repetir.

Se ha despedido y dirigido al baño para lavarse los dientes. Se ha colocado a pocos centímetros del espejo y, tras peinarse las cejas con el dedo, le ha sacado la lengua a la chica sonriente que tenía frente a sí.

Deberías utilizar talio, es el más fácil de manipular.

No lleva más de cinco minutos sentada al lado de Maxime. Tras bajar las escaleras entre saltitos, y con ánimo de entretenerse, se ha sentado junto al viejo, que estaba leyendo en un banco. Nada más sentarse, ha vuelto a hablarle de venenos. Nunca mataría a nadie, le gustaría decirle.

Siempre hay alguien a quien nos gustaría borrar del mapa, se le adelanta el viejo.

Piensa en Inés. ¿De verdad le gustaría borrarla del mapa? Y su nueva novia. Si nunca hubiera aparecido. Entonces qué. El bebé que lleva Inés en su vientre. Cómo ha podido.

Maxime la mira de frente. Ha cerrado el libro y está girado hacia Saioa. Le parece que su mirada es sincera, y procura hablarle sin tapujos, dejando de lado cualquier mecanismo de defensa.

¿Por qué sabes tanto sobre venenos?

Maxime posa una mano sobre la rodilla de Saioa, y reduce considerablemente la distancia entre sus rostros. Al percibir el gesto, Saioa también se acerca un poco.

Si respondiera a tu pregunta, tendría que matarte.

A un breve silencio le sigue la risa del anciano; es atronadora, la de un loco, y acapara la atención de quienes los rodean. Sin darse cuenta, tal vez llevada por la necesidad de disimular, ella también empieza a reír. Está mal de la cabeza, joder. Lo que comienza con una risa forzada se convierte en una carcajada franca y placentera, y algo se le libera entre el diafragma y el intestino.

Entonces se percata de que Maxime la está mirando de nuevo; se seca las lágrimas y le devuelve el gesto, sonriente. Sin embargo, el anciano está serio, y la mira con ojos de serpiente. Saioa siente frío. Y tristeza. Vuelve a reinar el silencio, pero no es el mismo silencio de antes. Una certeza fugaz le recorre el cuerpo, implacable: Maxime está jugando con ella. El hombre se adueñó de la ruleta de sus emociones tan pronto como apareció, y ahora la mece alegremente, entre las luces y las sombras de un juego cruel. Se asusta al comprender que hace tiempo que es consciente de esa realidad que, de pronto, se ha vuelto tan evidente. Ha de admitirlo: está cómoda. Le resulta cómodo que sean otros quienes dirijan cómo debe de sentirse, quienes decidan. Así, ella puede limitarse a existir, a ser una mera inquilina de su mente oscilante. Abrir los brazos, y dejar a lo que tenga que venir enredarse en sus venas. Y, si toca fondo, no podrá desenredarlo, pero al menos no tendrá que cargar con el peso de la culpa. Bastará con comer fideos japoneses precocinados durante cuatro días seguidos.

Maté a muchos inocentes, gente que complicaba la vida a los altos cargos del gobierno estadounidense: ciudadanos de a pie demasiado entrometidos y zorras descaradas, casi siempre.

Maxime fija la mirada en el libro. Saioa espera una nueva carcajada; como no llega, abre su libro y adopta la misma actitud que el anciano. Ese puto maníaco podría servirle para calmar el síndrome de abstinencia de las series policiales. Tras un silencio

¿Es demasiado tarde?

¿En el aparcamiento de atrás en cinco minutos?

Se viste rápido, pero con esmero, y se lava la cara antes de salir, con el corazón latiéndole en la garganta. Alicia la espera sentada en un escalón, con una cerveza recién abierta en la mano.

¿De dónde las has sacado?, le pregunta tras sentarse y coger su botellín.

Ya te dije que no es la primera vez que vengo.

Brindan. El primer sorbo le cuesta. Están en silencio. Tan solo una vieja farola a la entrada del aparcamiento lucha contra la oscuridad.

Qué personaje es ese Maxime.

¿Quién es Maxime, el anciano?

Está como una cabra.

Me da pena, es un abuelito solitario. Siempre con su ajedrez, a vueltas con sus movimientos, peones y reyes, pero sin nadie con quien jugar.

¿Hasta cuándo os quedáis?, le pregunta, dudando de si debería contarle lo del veneno.

Nos vamos mañana, después de comer. ¡Por fin!

Aunque le ha costado terminarse la primera cerveza, abre la segunda de buena gana. Casi de inmediato, la conversación toma un cariz afectuoso, y tras diseccionar entre risas la diferencia entre un nabo y un colinabo, se toman la tercera cerveza hablando sobre asuntos íntimos. Saioa le cuenta lo de Inés, que la dejó porque decía que no quería tener hijos. Miserable. Cobarde. Sale de cuentas en tres meses. Alicia empieza a hablarle sobre los aspectos más penosos de la maternidad, pero, consciente de su error, se disculpa y calla.

Provenientes de una habitación del piso superior, escuchan una sucesión de gemidos y aullidos que terminan con el rugido